

En diálogo. Guillermo Lovagnini, uno de los fundadores del Colectivo Arco Iris

“Los gays rosarinos no son ciudadanos plenos”

Activista por los derechos de las minorías sexuales, sostiene que la ciudad es “bastante homofóbica”

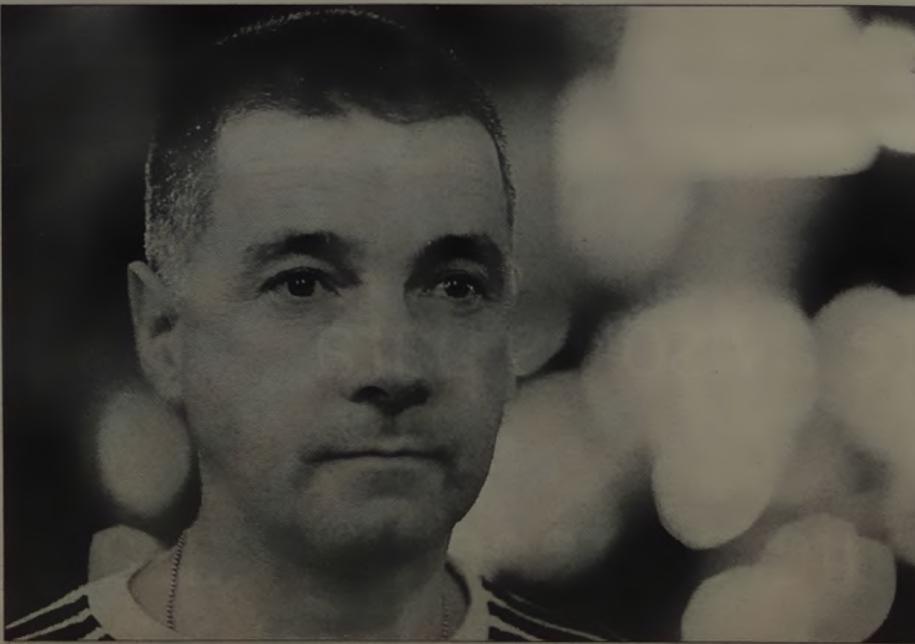
LAURA VILCHE
LA CAPITAL

“Ni Rosario ni el Congo escapa a la homosexualidad. Casi un diez por ciento de todas las poblaciones del planeta es gay. En lo que a esta ciudad concierne queda mucho por hacer, porque los rosarinos están más abiertos, pero siguen siendo homofóbicos”. La afirmación pertenece a Guillermo Lovagnini, fundador del Colectivo Arco Iris —una ONG que lucha por los derechos de las minorías sexuales—, y activista en la prevención del sida. Tiene 50 años, por eso se define como “un gay maduro” que pagó el precio de su visibilidad perdiendo unos pocos amigos y más de un saludo. Pero no dudó en sostener que fue mucho más lo que ganó: “Dignidad y respeto por mí mismo. No es poco”.

—¿Cómo se vive en Rosario siendo homosexual?

—Hubo cambios importantes en los últimos años. Los homosexuales, tanto varones como mujeres, décadas atrás se veían obligados a casarse para disimular, la gran mayoría sufria violencia física en la calle, y aparecían en los medios sólo en las páginas policiales. Se vivía mucha ignorancia e incomprendimiento, era una sociedad muy homofóbica.

—¿Dejó de ser así?



“Es burdo pensar que todos los homosexuales somos afeminados” opina Lovagnini.

—No, Rosario sigue siendo homofóbica. Mucha gente sigue sintiendo odio por los homosexuales. Pero no hay que ser pesimista, no hay un inmovilismo total.

—¿Las olimpiadas gay son un avance?

—Sí, pero todavía queda mucho por hacer en distintos aspectos. Hoy en Rosario hay dos boliches y dos bares gay, pero una pareja del mismo sexo aún no se puede dar un beso por la calle. Esto es algo que recién empieza, los activistas tenemos un montón por hacer, por-

que los homosexuales distan mucho de ser ciudadanos plenos.

—¿Los boliches tienden a transformarse en guetos?

—Sí. Estamos encerrados allí y por fuera no es fácil dar la cara.

—¿Cómo hace una pareja homosexual para alojarse en un hotel o un motel en Rosario?

—Hay una ordenanza municipal que lo permite, aunque no se respete en todos los sitios.

—¿Es cierto que un organismo propuso hacer de Rosario “la capital gay”?

—Sí. El Ente Turístico Rosario (Ethur) ofreció la idea. Una barbaridad, una propuesta discriminatoria.

—Hay muchos mitos gay. Se dice, por ejemplo, que son todos buenos amigos, que no hay mejor confidente para una mujer que un compañero homosexual...

—Es cierto. Creo que tiene que ver con la culpa con que cargamos. Nos lleva a jugar el rol de buenos, de ser los mejores del barrio para que nos acepten. También se dice que somos todos obsesivamente ordenaditos y pulcros; todos maricones o afeminados, esto es algo burdo.

—Es común escuchar la frase “yo contra los gays no tengo nada siempre y cuando no se metan conmigo”...

—Es un prejuicio el de creer que todos los homosexuales somos animales devoradores de sexo. Eso tampoco es así completamente, no se debe generalizar.

—También se los tilda de corruptores de menores...

—Se peca por ignorancia, porque el Movimiento Gay Internacional siempre estuvo contra la paidofilia, pero además, si alguien se toma el trabajo de leer las páginas policiales se daría cuenta que la mayoría de los abusos a menores se da por parte de heterosexuales. La homosexualidad no se enseña, no se contagia, es sólo una orientación sexual.

—Ante una pareja gay se plantea la curiosidad sobre quién es el pasivo y quién el activo en la vida sexual...

—Sí (risas). Se preguntan quién jugará el rol de varón y quién el de mujer. No hay roles fijos como casilleros, la sexualidad es un amplio abanico.